

ALFONSO CALDERÓN

JOAQUÍN EDWARDS BELLO.

OCHO CONVERSACIONES

---

H U B O una primera vez. Pensando acerca de lo que había oído en repetidas ocasiones —máscaras, ex abruptos, puertas en las narices— llegué a la casa de don Joaquín.

Mis propósitos eran muy simples: solicitarle autorización para recopilar en libro algunas de sus crónicas. A modo de muestra llevaba un hipotético sumario y un título: *Recuerdos de un cuarto de siglo*.

Un golpe muy leve a la puerta (después sabría que a él le disgustaban aquellos que “llamaban creyendo que era necesario despertar a un dragón dormido, cuidador de princesas”). Un minuto, dos. Pasos. Una puerta que apenas, muy tímidamente, abre una pupila.

Es el mismo don Joaquín.

—¿Qué desea? Yo no recibo a nadie. Vuelva más tarde, no compro ni vendo nada.

Le explico muy rápidamente el motivo de la visita y menciono la palabra de pase. El nombre de don Alberto Ostria Gutiérrez resulta mágico. La puerta se abre generosamente. Está sólo a medio levantar. Se excusa. Su señora ha ido a los baños turcos.

Me asegura que las crónicas no sirven para formar libro alguno, que están llenas de erratas increíbles, que muchas de ellas están re-escritas o que forman parte de algún libro en preparación. Que a nadie le interesan. Que la gente sólo lee a Corín Tellado y que a él, “diplodocus”, nadie le conoce. Por último me asegura, con la mayor cordialidad, que pierdo mi tiempo preocupándome de él (sabría después que trataba de estudiar si se hallaba ante un chileno más que traía algo bajo el poncho, interés en medrar, oportunismo, petición de prólogo o de dinero, de acuerdo a su teoría de que “el santiaguino se despierta pensando en el zorzal que se va a manducar” y él no era “ni atortolado ni panizo”).

Con toda cortesía y ante la alusión mía al episodio de la máscara que se habría puesto para despachar a un visitante poco grato, murmura que sí, que una vez, que así fue (a su muerte, cincuenta o más mitómanos aseguraron haberle visto en posesión y uso de esa máscara polifacética: azteca, quechua, ibera, veneciana, de Tihuanaco, según el rango imaginativo del contador de patrañas). Me asegura que leerá el sumario, que me dirá más adelante.

Pasan dos días. Un llamado de don Joaquín. Rechaza la idea. No le interesa. Asegura que la selección es muy buena, pero insiste en aquello de que "con crónicas no se hacen libros".

Una semana después. Me invita a volver a su casa. El libro está aceptado. Falta discutir algo relativo a dos o tres de las crónicas seleccionadas.

La plaza estaba tomada.

En tres años fui a verlo aproximadamente unas cincuenta veces. La salud amenguaba, el físico se iba desmoronando, las esperanzas decrecían. Hablaba a menudo del suicidio. En medio de la conversación se sentía muy mal y había que dejarlo descansar (nada de usar la palabra "reposar" con él. Indicaba que en rumano quería decir "muerto"). Sin embargo, la memoria no fallaba. Registraba todo, recordaba todo, hasta el detalle minúsculo.

A modo de homenaje a la memoria del escritor he querido rescatar ocho sesiones, manteniendo el tono hablado que tuvieron, sin entrometerme en ellas.

He tenido dudas sobre el procedimiento para unir estas conversaciones. Pensé, en primera instancia, agruparlas por temas, pero ello me pareció definitivamente arbitrario, rezago de ancestrales manías pedagógicas. En cambio, supuse que lo natural era dejar que la conversación brotase naturalmente, por reunión. Así, don Joaquín podría verse en su estilo, suelto, saltando de un tema a otro, perdiendo aparentemente el hilo, citando de memoria, interrumpiéndose para mostrar un dato o un papel del fichero, bajando o subiendo la voz, recitando o canturreando, cambiando bruscamente de idioma, enojándose con algo o alguien, bromeando de soslayo, mientras se cubría un sector de la boca. Su monólogo era directo y jamás agotaba. Era la antítesis del latero y del monocorde, dos de sus imposibilidades. Seguro, para desmentir a mendaces, que él oía y también preguntaba.

La duda era acerca de qué podía uno contarle. Si bien no creía que alguien se acordase de él ("en este país, que, como dijo Ortega, vive de estrenos, yo no soy cara nueva") o dudaba de que se lo leyese, repetía orgullosamente que una cajera de una librería céntrica había

visto gastarse la cifra cinco pesos (\$ 5) de la caja registradora al marcar el precio de uno de sus libros, en la década del treinta.

Iba y venía del y hacia el archivo. Al final ya no podía hacerlo. Mostraba cartas de españoles (Maeztu, Valle-Inclán) y esperaba que uno las leyese completas para que nadie lo creyese mitómano. Con nostalgia exhibía los certificados del colegio, las fotografías de los primeros años del siglo, con trajes insólitos y bastón y sombreros de verano, junto a muchachas bellísimas ("¿en qué cementerios estarán?", preguntaba).

Junto al humor, que lo asistía permanente, y hasta le permitía burlarse de sus propios achaques, le acompañaba y nutría un tono elegíaco, que era un treno por personas, lugares y situaciones ("donde está ese edificio yo vi dos anteriores. Uno era una pastelería donde comíamos dulces los domingos en la mañana. Ah, la bulimia nacional. Después fue un banco, donde se juntan los ladrones legales. El polvo de la segunda demolición lo llevo adentro. El chileno construye bien, pero demuele mejor, y cuando echa abajo algo lo hace con alegría. Es la manía destructiva que nos preside y nos gobierna. Hasta en la "presidentofagia" se ve esto. De Valdivia a Frei, siempre igual").

Le disgustaban las interrupciones (levantaba una mano en señal de contrariedad). Renegaba de los huéspedes "pegajosos" que lo transformaban en "sardina de sus ascuas" y leía los diarios, lentamente, como si paladease la Biblia, cada mañana, tijera en mano. No desdeñaba igualar noticias encontradas (los sucesos raciales de Detroit con la noticia de la pareja de patos que cantaba "Danubio Azul", la vaca con dentadura postiza y el discurso de Frei). ¡Qué de crónicas nos perdimos con su enfermedad! El "quién supiese escribir", de Campoamor, se transformó en el "quién pudiese escribir", de don Joaquín.

Las conversaciones serán reunidas en su totalidad, alguna vez, en libro. Mientras, anticipo ocho de ellas, tratando de mantener el tono, el lenguaje y la situación. En ciertas oportunidades, y por tratarse de asuntos —como él me lo dijo una vez— "post-mortem", reemplazo por una inicial el nombre de una persona. Y, como él diría, tras este exordio, ¡adelante con los faroles!

6 de febrero de 1966.

Larga conversación sobre las erratas. La de *En el viejo Almendral*: "los pájaros *tasaban* el suelo", en lugar de "rasaban". La de la última edición de *Criollos en París*: "no amaba a España" por "amaba".

Si hubiese visto la de prueba de páginas de *El Roto*: "le molestaban los alemanes", por *ademanas*.

Errata divertida. "En un libro de Rodríguez Mendoza, que era sordo, pero no ciego, se dice que en las naves de los conquistadores venía el *cerdo* católico, en lugar del "credo".

"En Chile, las imprentas son muy buenas, pero los correctores son infames".

De erratas a jesuitas.

"No deje entrar nunca en su casa a un jesuita. Ponen primero un clavo, luego cuelgan el sombrero y al final se quedan con la casa".

"El poeta H. era mentiroso y creía en sus propias mentiras. Yo lo convidé una vez para que conociera a Apollinaire. Cuando salía de Chile su poesía no tenía nada de moderna. No creo que haya sido precursor o jefe de nada. ¿Se acuerda de las fotos con trucos? Hacía jurar a M., su mujer, que todo lo que decía era cierto. ¡Pobrecita!".

10 de mayo de 1967.

"El lenguaje afectado de la mujer en *La chica del Crillón* (No me hable de la película, me dieron ganas de matar a Jorge Délano) es un reflejo de aquello que vio Keysserling cuando dijo que las preciosas ridículas habían resucitado en Santiago de Chile".

"D'Halmar es un mito que inventó Carlos Sanders. En España creían que era famoso en América. En América, lo contrario. ¡Vaya engaño grande!

Unamuno asistió en Madrid a una lectura de D'Halmar (algo sobre Egipto). A los quince minutos abandonó la sala, diciendo:

—Todo eso es nada, *mélange*. Un poco de Loti, otro poco de otro. De él, nada".

"Mis personajes son rara vez fruto de un solo modelo. En el padre de *La chica del Crillón* refundí a varios que conocí. Uno de ellos era católico y ultraconservador. Se educó con el dinero que su padre había heredado de una prostituta".

"El cónsul de *Criollos en París* es uno sólo, Amunátegui".

27 de mayo de 1967.

"Esto que le digo es *post-mortem*. J. H. es otro mito chileno. Pasó toda la vida resobando versos ajenos, hasta que parecieran propios".

"Tanto que hablan hoy de ese *galopin* de Alberto Rojas Giménez. Era bien mentiroso. Contaba que en la procesión de "El Pelíca-

no", cuando era niño, lo disfrazaban de "angelito". La procesión y la ceremonia no existían ya mucho antes de su nacimiento".

"¿Se ha fijado que en Chile no hay humor? Todos hablan impostado, viven en gerentes, citan a troche moche cosas serias. Tenía razón Armando Hinojosa cuando decía que "el centro de la gravedad del mundo está en Santiago". Concretamente en la calle de Huérfanos".

"Publicar me produce espanto. Ya le he dicho que las plumas las carga el Diablo. He estado relejendo *El chileno en Madrid*. No he podido dormir. Es un libro muy cruel".

"Creo en la Virgen, pero no en Dios. Si existiese, cómo podría ser tan cruel. Debe tener una enorme joroba. Dicen que al que da y quita le sale una corcovita. La de él tiene que ser descomunal. Me dio juventud, alegría, goce de vivir, amor, dinero, talento. Hoy apenas puedo mover mi mano derecha".

"Este es el país del 'plagio obligatorio'. Hace tiempo me dijeron: —¡Qué bueno eso de Subercaseaux, 'todo el cuerpo es cara!'".

Yo lo dejé escrito mucho antes en ese libro vergonzoso que se llama *Cuentos de todos colores*.

"Y lo de "Estados desunidos de América", se atribuye a Germán Arciniegas. Está escrito, antes, en "Nacionalismo continental". Cada vez que "El Mercurio" pone: "como alguien dijo", tiemblo. Ese "alguien" he sido yo en varias oportunidades".

28 de mayo de 1967.

"El roto vale por los detalles.

Se acuerda de aquello de:

—¿Onde quearía el destapaor?

Es la síntesis de la imprevisión nacional.

Y vale por la pintura de un Santiago antiguo que fue y finó. O se marchó hace mucho tiempo. Por allí murió Ciriaco Contreras. ¡No queda nada!

Y Fernando, que se llama Manuel Jesús.

Entre la gente del pueblo, arribista, es muy corriente el cambio de nombres.

Y está el cuadro de don Malaquías Concha, que era tan jugador como yo. Tallaba fuerte".

"El chileno viaja al extranjero y se lleva el conventillo con él.

Un día fui, en París, a casa de C. M.

Desorden por todos lados. Un chiquitín recorría las piezas montado en una "cantora". Alguien se desvestía y lanzaba la ropa. Otro le daba a algo con el serrucho.

La sinfonía del conventillo".

"¿Se ha fijado usted en los *allegados*, que viven en las casas chilenas?

Dicen simplemente:

—Aquí venía a verte.

Se quedan cinco o seis años. A veces, toda la vida. Pariente que llega, pariente que se queda.

El *allegado* es institución nacional".

"Tengo, no crea, mis prejuicios. Me cuesta a veces creer en lo chileno.

Si me dicen que hay una gran novela de amor que se desarrolla en Chiloé, exclamo: no puede ser.

Para amores, Florencia, París, Roma. Chiloé no, por ningún motivo".

18 de junio de 1967.

"Adela Coussirat, la Adelita, enriquecía a sus amantes. Los educaba. Les enseñaba modales. Formó, como la mejor pedagoga, a toda una generación de chilenos. Su gran amor fue Balmaceda (¿Vicho o Gustavo?).

Eran otros tiempos. Un hijo de un político de derecha se educó con la herencia de una de estas mujeres inolvidables. En *La chica del Crillón*, la dueña del burdel tiene rasgos de varias de estas mujeres que yo he conocido. Eran nobles y ejemplares

Inolvidable escena del Santiago antiguo. A la hora del té en "Gath y Chaves". Las Cachetonas están en una mesa. Adelita llega. Se sienten vejadas en su dignidad. Exigen al maitre la salida de ella.

Sin embargo, Adela las encara, las increpa y les indica por qué sus maridos las desdeñan y tienen preferencias por ella".

"Vea el diario. Arrasaremos con ellos, decían los árabes. No quedará un solo judío. En Chile también tomamos partido. Huizinga, en *Homo ludens*, dice que hacemos de todo un match. Esta vez no es tan fácil porque detrás del fanfarrón y del silencioso se mueven otras manos muy turbias. Si yo tuviera que escribir sobre esto no sabría qué partido tomar. ¿Quién nos mueve a tomar partido en todo?".

"No me diga nada. El Pentágono es la línea Maginot. Todos decían:

—Los yanquis, cuando lo deseen, con un simple telefonazo terminan cualquiera guerra. Son gigantes poderosísimos. Y ahora Vietnam y unos cuantos negritos los tienen locos desde hace años. Y no van a ganar. No se aprende nunca. ¡La línea Maginot!".

"Este es un país de curiosos e impertinentes. No saben mirar. Pa-

rece que taladraran con la vista. *Devisager*. Parece que llevaran como fin "el mal de ojo".

Preguntan por la salud de uno, para recibir como respuesta un "me estoy muriendo".

—Fulano está por estirar la pata. No pasa de este invierno. Y se quedan muy orondos.

Anuncio a los cuatro vientos que estoy muerto, arruinado, patuleco, chocho.

Que se queden felices".

"Me gustaría ver *Khartoum*. Ni al cine, uno de mis placeres, puedo ir. Era parte de mi vida. La jorobita de Dios. Me dio el placer y la alegría y me quitó todo.

¿Gordon? Sí. No se encontró su cabeza. Lo perdieron los políticos. El refuerzo llegó una semana después. Greene habla de Gordon en *El fin de la aventura*. Déjeme ver el archivo.

¿Leyó que Laurence Olivier tiene cáncer? La jorobita de Dios. Uno quiere hacer un chiste y éste se vuelve elegía.

Gladstone era un viejo zorro. Siempre ha habido un zorro en la política inglesa. No hacen ruido. Trabajan en silencio".

"Mi *Nacionalismo continental* ha sido saqueado por los políticos. Son ladrones de ideas. Eso no tiene sanción penal. No dicen de dónde las cogen. Actúan en despoblado.

Este libro es un venero. Hay ideas precursoras de múltiples hechos.

Aquí esperan al Mesías en cada elección. El que lo arregle todo. Esto no lo arregla nadie mientras no nos unamos a los otros países y echemos a los zorros del gallinero".

"Usted sabe que me reprochan que salte de un tema a otro. Que me repita. Que sea inestable.

Soy muchos seres. Cada uno piensa y actúa de un modo. Soy el que cruzó a caballo el túnel, el que atravesó la cordillera a lomo de mula. El de las chayas y el de las casas malas de niñas buenas. El de Quilpué y el de París. El de las mesas de juego. El que hoy no puede caminar, ni pensar, ni nada. Whitman ha dicho que él lleva a todos los hombres adentro.

No me reprochen. No sé cuál Joaquín Edwards habla y cuál escucha. Son muchos".

13 de julio de 1967.

"Qué fenomenal mentiroso era Thomson. Un amigo, X, me dijo que los hindúes tenían memoria prodigiosa y archivo de todo. Pese a ello,

nadie, nunca, había oído hablar de él en Calcuta. ¿Habrá estado verdaderamente allá alguna vez?”.

“Pedro Aguirre Cerda. Dos veces almorcé con él y su señora (creo que por lo relativo al Premio Nacional, que yo luchaba por instaurar). Me dio “sopita” y “segundo” familiares. A él le trajeron langosta del Club de la Unión.

Si no se muere lo destruyen. No lo hacen mito. Ya le estaban serruchando el piso. Le buscaban al reemplazante. Otro Mesías”.

“Si pudiese escribir ahora. Serían mis mejores páginas. Me rondan fantasmas. Veo fotos: todos muertos. Escribiría la gran novela de “la Adela”. Me obsesiona. La mano no me obedece. Me zumba la cabeza. Me duele la espalda.

Todo un Santiago muerto me viene a la cabeza. Habría sido una gran novela. Pero es mi trampa. Todo es trampa. El archivo. Hasta vivir (y amé tanto la vida) es una trampa. ¡Ya te saldrá, Dios, una fenomenal corcovita!”.

“Sí. Veo televisión. Tiene algo muy bueno. Tratan bien a los ancianos. Les rinden homenajes. Los aplauden.

De repente, me irrito. Entrevistas a niñitas.

—¿Qué leen?

—Sartre, Camus, Mann, Kafka.

Me dan ganas de cantarles claro, con fuerza:

—Vayan a leer a Andersen, primero.

El mal que les hace la visión de un mundo sórdido en el momento en que deberían ser felices, me parece patético y desconsolador”.

“No, mi amigo. *Tres meses en Río de Janeiro* hay que olvidarlo. Está muy mal escrito. Vale porque fui testigo de una época. Revivo todo lo de entonces, las figuras de Joao Candido y de los otros, las palabras, los olores, la vida, las canciones.

Soy el cadáver viviente, de Tolstoy. ¿Hasta cuándo? No quiero darles en el gusto y suicidarme. Comenzaría el mito:

—Lo mataron para heredarle. Joaquín Edwards era un avaro balzaciano”.

“Aguirre Cerda hizo algo muy bueno. Trajo a los judíos y a los refugiados españoles. Un radical negoció con los judíos. Fue X. ¡Dios se lo pague a Aguirre Cerda!

La madre de Bello, mi antepasado, era López. Como la madre de Montaigne. Judíos: Cristo, Marx, Proust, Chaplin.

Y Nasser decía:

—Los borraré del mapa.

No les aguantaron “nadita”. Son una fuerza incontenible. Superarán a todos porque son inteligentes. Y todo esfuerzo”.

“Alessandri era demagogo. Iba en tren. Decía:

—Traigan al maquinista, quiero abrazarlo. Jamás había viajado en un tren tan maravillosamente conducido por alguien como este hombre chileno.

Tengo un número de “Zig-Zag” en donde sale una choza del fondo de sus padres. Aquí nació, decían. Mentiras.

Se creía Napoleón, redivivo. Se dejaba un mechón. Se colocaba la mano en el abdomen. Histrión. Histrión puro”.

“Cuando era niño, me arrullaban los “muera” a Balmaceda. El Rey Zamacueca, El Champudo, decían. Después Riesco. Dicen que tenía cabeza de cono. Que era tonto al tiro. Que Montt era esto... Que Barros Luco dormía todo el tiempo. No hay Presidentes buenos, sino en la llegada. Al poco tiempo no se ven los milagros. La moneda sigue bajando. Las huelgas. Y al otro pie, mi alma. ¡Dicen que para el 70 hay un candidato que nos va a salvar, se llama...”

“Frei tiene cara de zorro y lo es. Lleva menos de tres años en el gobierno. Iba a ser el salvador. No hay otra salvación para Chile que gastar menos. Aquí se gasta más de lo que se tiene. ¡Estafa!

Chile es un país zorro. La chilla debiera ser su totem. Dicen que Felipe Herrera lo va a salvar. Otros, que Tomic. Digo una vez más: al país nadie lo salva, sino el esfuerzo personal”.

“Huidobro aseguraba que tenía el teléfono de Hitler. Ese hecho es pariente del tesoro de Drake, el subterráneo de los jesuitas y los Stradivarius de Coyhaique.

Cuando publicó *Finis Britannia* aseguró que los ingleses lo perseguían. En Francia, un diario anotó que los ingleses lo tenían prisionero. El propio Huidobro hacía circular la noticia. Cuando todos lo creían en manos de ellos, y se temía por su vida, él se paseaba en Bruselas. No más de cinco personas habrán leído eso”.

“La crueldad con los ancianos es increíble. Un chofer me dijo, luego de preguntarme por mi salud:

—Pero qué quiere, usted ya está sobregirao”.

Otro, al saber que se le buscaba para darme el paseo cotidiano:

—No. El caballero me hace perder mucho tiempo. Apenas se mueve.

Un hijo mío:

—Papá, tú has superado las posibilidades. Vives contra toda lógica. Todas las mañanas saludo al retrato de mi primo Bénard, que murió joven, en un accidente de aviación, y le espeto:

—Dichoso tú.

Yo amé tanto la vida, pero basta...”

28 de julio de 1967.

"Mi distanciamiento con Huidobro se produjo por su mala fe. Declaraba a los chilenos que iban a París que yo pasaba sentado en un café, traduciéndoles a los franceses los editoriales y crónicas de don Carlos Silva Vildósola".

"Chile es un país de ocho millones de envidiosos. Aquí no se perdona el éxito, y el regocijo por la caída es extraordinario".

"Violencia aquí y allá. Los negros se alzan en Detroit. Muerte. Y Vietnam. Ya a todos marca la presencia de la muerte. Se huele en la sopa. ¿Ha leído bien los diarios? Hace poco tiempo se publicó acerca de la pérdida de una gran cantidad de sustancias radiactivas. ¿Y no cree usted que hay alguna relación entre ambas noticias? En los diarios está todo: es preciso saberlos leer para darse cuenta de las cosas".

29 de julio de 1967.

"El cuarto de la Bella Otero tenía un olor mixto a sardinas y a cocido. Si ahora respiro vuelvo a sentir ese olor y a rememorar —en sus menores detalles— todo el instante".

"La gente de ahora sólo adora el artefacto. ¿Se ha fijado cómo dependemos de ellos? Faulkner ha escrito acerca del carácter de símbolo sexual que el automóvil tiene para el norteamericano.

Hay gentes que me dicen:

—¿Y qué tiene esa Puerta del Sol, de que tanto habla usted? Yo no veo nada.

¡Qué van a ver! No ven ni a Canalejas, ni a Benavente, ni a la Infanta, ni a los fantasmas que la rondan. Son ciegos a todo lo que no sea *water-closed*".